

RESEÑA DEL LIBRO *EL FIN DE LA ECONOMÍA. ENSAYO SOBRE LA PERFECCIÓN* DE SERGIO RICOSSA

MARÍA BLANCO*

«Si estuviera escrito en inglés, este libro sería un clásico de la economía». Así me presentaba el profesor Alberto Mingardi¹ el libro *El fin de la economía. Ensayo sobre la perfección* escrito por Sergio Ricossa, su amigo y maestro. Lo cierto es que en apenas 260 páginas este trabajo encierra, en primera instancia, una visión única y preciosa de la evolución de las ideas económicas. Pero, además, como suele suceder con los clásicos, el enfoque, sumamente original, trasciende para convertirse en una cosmovisión: lo que la modernidad ha bautizado como «modelo mental».

En este artículo pretende poner de relevancia el enorme legado que constituye el libro de Ricossa, cuando está ultimándose la edición revisada de la traducción española por Unión Editorial.

El título, sorprendente y casi apocalíptico, que alude al final de nuestra ciencia, no refleja completamente la esencia del libro. Es en el subtítulo donde encontramos la otra clave: se trata de un ensayo sobre la perfección o, más concretamente, sobre el perfectismo. La conjunción de ambos, por paradójica e incluso contradictoria que parezca, explica lo que el lector se va a encontrar.

El contenido está organizado en dos partes que corresponden a esas dos referencias. En primer lugar, el autor comienza por explicar en un breve capítulo qué es el perfectismo. A continuación, dedica una sección a describir cómo esta visión ataca las bases de nuestra sociedad: va contra la economía, el trabajo, el dinero, la propiedad, el comercio y la burguesía. La segunda parte es una exposición de todo aquello que desaparecería si triunfara el perfectismo,

* Profesora de Economía, Universidad CEU-San Pablo, mariabg@ceu.es.

¹ Alberto Mingardi es director general del Instituto Bruno Leoni, profesor de Historia del Pensamiento Político de la IULM (Milán) y *Presidential Fellow* en *Political Theory* de la *Chapman University* (Estados Unidos).

empezando, por supuesto, con «el fin de la economía». Para concluir, el autor explica la mentalidad opuesta, el imperfectismo, que abanderada como solución a los males que ha anunciado previamente.

EL AUTOR Y SU OBRA

Sergio Ricossa (1927-2016) fue un economista italiano, profesor de la Universidad de Turín y liberal sin compromisos, es decir, sin escuela. Su trayectoria intelectual representa el peregrinaje desde la econometría, la investigación operativa y la economía convencional hasta la defensa del liberalismo fronterizo con el anarcocapitalismo. Fue vicepresidente de la Mont Pélérin Society y presidente honorario del Istituto Bruno Leoni hasta el final de su vida.

Hay mucho que aprender de su evolución intelectual reflejada, entre otros aspectos, en su opinión respecto a John Maynard Keynes. Como explica Alberto Mingardi en la introducción a la traducción española, durante los años sesenta, muchos economistas vieron en Keynes a un autor que había rescatado al capitalismo de sus contradicciones, justo en el comienzo de la guerra fría, cuando el capitalismo industrial había quedado huérfano de mentores académicos populares. Entonces, Keynes, de algún modo, era interpretado por la ortodoxia académica como el economista capaz de señalar los errores del modelo neoclásico, que no supo dar respuesta a los acontecimientos tan brutales de la primera mitad del siglo xx. Mientras que, por otro lado, también era un autor que se apartaba explícitamente de las tesis marxistas. Esta imagen de Keynes cambió cuando Ricossa tomó conciencia del trasfondo filosófico de la economía keynesiana. Se dio cuenta de que, incluso si Keynes «tenía algo de razón» en el entorno en el que desarrolló sus teorías; aceptando su pragmatismo como algo positivo; y, sobre todo, a pesar de ser «un economista que sabe escribir», cualidad que Ricossa admiraba mucho, la manera de ver el mundo con ojos keynesianos era profundamente perversa. Y exactamente esa es la denuncia que presenta en *El fin de la economía*. Para este autor, el keynesianismo representa, junto con el marxismo, la cultura señorial jerárquica, anti burguesa y medieval de nuestros días que, no

solamente nos aleja del crecimiento económico sino que impide el progreso de la sociedad en su conjunto, a largo plazo.

Por cultura señorial, o aristocrática, Ricossa no entiende solamente la que se describe en los libros de historia. Se trata, más bien, de una mentalidad que impregna cómo vemos el mundo. Por ejemplo, en sus propias palabras, este modelo mental contempla la técnica, los avances tecnológicos y la innovación de la misma manera que mira la magia «con una mezcla de repulsión y fascinación» que solamente se superó cuando se entendió que la máquina podía ser un instrumento al servicio de su misión: diseñar el futuro de los otros, los trabajadores, o los ciudadanos en general, no pertenecientes a la élite, al grupo de poder encargado de decidir por los demás.

Por otro lado, la cultura burguesa representa el polo opuesto. Representa, justamente, el empuje del individuo que buscando su propio interés innova, progresa, derriba privilegios y pone patas arriba ese *statu quo* señorial porque prefiere tomar sus propias decisiones, incluso si eso implica que se puede equivocar.

Por fortuna, Ricossa fue uno de tantos economistas liberales italianos cercanos a Luigi Einaudi, cuyas enseñanzas le ayudaron a alejarse de la zona de influencia keynesiana. También, durante los años setenta, conoció a Hayek, estudió en profundidad a Mises y su «filosofía del hombre común» y se alimentó de las fuentes intelectuales de la Escuela Austriaca. Alberto Mingardi señala la relevancia de Ricossa señalando explícitamente como economista austriaco en la universidad italiana en unos años en los que no era fácil llevar y defender esa bandera en Italia.

Pero, todavía fue un detonante más importante de su cambio de opinión respecto a Keynes el estudio de la historia económica y del capitalismo industrial. El que abrazara los presupuestos liberales por la fuerza de los hechos del pasado, además de por la lógica teórica, explica que se convirtieran durante toda su vida en unos pilares filosóficos sólidamente arraigados, que le impidieron, por otra parte, decantarse por una única escuela o autor. Más bien al contrario, Ricossa supo expresar y reconocer las aportaciones de muchos autores diferentes que analizaban cuestiones económicas, filosóficas, sociológicas, abarcando, en fin, al ser humano en su totalidad. Como muestra de ello, no hay más que asomarse a su

obra y comprobar la enorme erudición y la profundidad de sus conclusiones.

¿Qué hace de este tratado un clásico de nuestra época? Desde mi punto de vista, el hecho de replantear los problemas económicos de siempre desde una perspectiva no ideológica reduccionista, sino más amplia, filosófica, partiendo de su concepción del ser humano. Es desde ese estudio de la naturaleza humana desde la que Ricossa le dedica una seria y laboriosa reflexión a cuestiones abordadas por los filósofos y economistas que le precedieron. Revisa en profundidad las equivocaciones de unos y otros, señalando en que supuesto o concepción previa radica el error, de manera ineludible. No se escapa a su análisis una revisión de las consecuencias perniciosas que el éxito de algunas de las soluciones aportadas en el siglo xx ha generado. Su argumentación, como siempre apoyada en los hombros de los mejores maestros, contundente y sólidamente basada desenmascara de manera muy original las doctrinas intervencionistas más populares, como el keynesianismo, verdadera plaga de nuestros días, o el comunismo y socialismo marxistas, cuyos mantras se han infiltrado en la vida cotidiana de la sociedad actual.

En este ámbito, la posición del lector que sigue el razonamiento de Ricossa se sitúa necesariamente en el liberalismo más estricto que resulta, no la opción más favorable o conveniente, sino la única posible.

LA PERVERSIÓN DEL PERFECTISMO

El término «perfectismo» no significa «perfeccionamiento», es decir, no se refiere a la voluntad e intención de mejorar cada día, superarse uno a sí mismo y a sus mejores o peores circunstancias. Entender esta diferencia es crucial. El perfectismo es un «esquema de salvación total». Y, como tal, presupone tres ideas que Ricossa expone al comienzo de la segunda parte del libro. Por un lado, tiene que haber una idea de la perfección, un modelo que se asuma como la meta a la que llegar y que, por ser perfecta, es inalcanzable. En segundo lugar, debe existir el reconocimiento y designación de eso que nos separa de la perfección y que, por tanto,

representa un mal. Finalmente, el perfectismo presupone el diseño y aplicación del «remedio» que nos cure, que salve la brecha entre lo que hay y lo perfecto. A partir de aquí, se infiere fácilmente que todo lo cambiante, lo que no es inmutable, aquello que esté en proceso de mejora, no es perfecto y, por consiguiente, está «infectado» de lo que para un perfectista es un mal: no ha llegado al ideal, guarda aún esa distancia que hay que salvar. Y, por tanto, uno de los atributos que caracterizan esta visión es la inmutabilidad, que junto con la unicidad y la totalidad son los caracteres que definen la perfección, pero también el Ser Absoluto. Esta apreciación es importante porque pone de manifiesto el espíritu mesiánico y soberbio de quien pretende, no sólo alcanzarlo personalmente, sino ser el encargado de conducir a los demás a ese estado idílico.

Quienes defienden esta perspectiva perfectista son, precisamente, los proveedores del remedio, los visionarios de la cultura señorial, capaces de trazar la «vía de salvación» que acabará con el tránsito. Lo relevante no es el proceso sino eliminar cualquier separación de la meta final. De esta manera, el rol desempeñado por la élite perfectista es presentada como necesaria y como una suerte de deber moral. Esa es la puerta por la que se cuele la dependencia del poder y, por tanto, el final de la libertad, no sólo económica, sino integral, del ser humano. Ricossa no se queda en la superficie de las palabras sino que bucea en las falacias filosóficas últimas de la «salvación» y en las consecuencias a largo plazo. Llevados al extremo, los presupuestos salvíficos nos conducen a las situaciones que describe en el libro y que, para la mente apresurada del ciudadano actual, resultan tanto apocalípticas. Es el fin de todo. Tal vez para evitar el impacto, Ricossa nos invita a mirar con lupa cada punto del camino, empezando por la definición de nuestra ciencia.

Si contemplamos al ser humano y la relación con su entorno desde el prisma señorial, nuestra aproximación a la economía se transforma por completo: el objetivo es llegar a ese estado perfecto salvando los obstáculos que se interpongan en el camino, sean éstos cuales sean. De esta manera, cambia incluso el mismo objeto de la economía. En palabras del propio Ricossa: «... lo económico, sobre todo en las cuestiones del mercado y de la moneda, aparece como la antítesis de lo perfecto». Efectivamente, la economía como ciencia cuyo objetivo último es superar la escasez,

implica una división entre deseos, que pueden elevarse por encima de la realidad llevados por la imaginación, y las necesidades concretas y terrenales del aquí y el ahora: entre la libertad de espíritu y las necesidades materiales no cubiertas. Es, de alguna manera, «la degradación del Ser a la contingencia». La definición del problema económico, por tanto, es una exhibición de las limitaciones del ser humano, que tiene que lidiar con necesidades ilimitadas y recursos escasos. Esa es la razón por la cual el perfectista va contra la economía. Y, a partir de ahí, además de ir contra la economía, el perfectismo arremete también contra todos sus motores: el trabajo, el progreso, el dinero, el comercio o la burguesía. Entre ellos, hay que destacar la importancia que Ricossa concede a la burguesía, como actitud, como forma de estar en el mundo, que el autor enfrenta, a lo largo de todo el libro, a la cultura señorial. En su libro *Straborghese* (1980), ya describía esa mentalidad como la depositaria «del individualismo, el espíritu de independencia, el anticonformismo, el orgullo y la ambición, la voluntad de salir adelante, la tenacidad, las ganas de competir, el sentido crítico, el gusto por la vida». Todas ellas acciones que denotan incompletitud, proceso, aprendizaje, todo lo que los perfectistas pretenden eliminar para llegar al paraíso en la Tierra. La burguesía es «riqueza de humanidad, la más vasta síntesis de valores para mayor gloria de la armonía»².

No es de extrañar, entonces, que la victoria de la filosofía perfectista que lucha contra todos esos fenómenos implique, por tanto, el final de la economía y de otros «males» que definen la civilización occidental. Alguno de ellos son de índole económica, como la necesidad, el coste o el riesgo; otros son de diferente naturaleza, como la diversidad, la muerte, la discordia, la ignorancia, y finalmente, el libre albedrío.

El análisis de estos últimos confieren a *El fin de la economía* un mayor valor, razón por la cual definiendo la naturaleza de esta obra como un clásico, un libro imperecedero e imprescindible. Al atacar la base misma de la naturaleza humana, el perfectismo se presenta como enemigo universal del hombre. Ya no se trata de adoptar

² Ricossa, Sergio (2010) [1980], *Straborghese*, IBL Llibri.

aquella perspectiva filosófica que nos permita mejorar nuestra renta per cápita. Se trata de combatir una doctrina que te impide desarrollarte como persona libre, que inculca en la cultura popular un modelo mental que convierte al ciudadano en esclavo de la élite intervencionista y que pone en manos de dicha élite el báculo de la superioridad moral.

El objetivo del perfectismo, por tanto, no es ofrecer un abanico de medidas que amplíen, por ejemplo, las oportunidades laborales, que mejoren el mercado laboral, que permitan que el inversor asuma de manera más responsable sus riesgos, o que proporciona herramientas para que los pobres salgan de la miseria. Por el contrario, pretende eliminar la necesidad de trabajar, de arriesgar, de innovar.

Frente a este panorama, Ricossa nos presenta otro prisma, el del imperfectismo, en el que cabe la posibilidad de mejora, el progreso. Un modelo mental diferente a la perfección porque cabe el perfeccionamiento, ya que se consiente la equivocación como propia del ser humano y, a partir de ahí, el aprendizaje. Esta opción está en clara oposición a la planificación impuesta desde arriba por aquellos que diseñan una perfección «adecuada». Es una realidad que incorpora la incertidumbre como seña de identidad y, lo que no es menos importante, todo lo que conlleva la gestión de la preferencia temporal: el ahorro, el lucro, el trabajo, el comercio, la economía, en fin.

Para Ricossa, el liberalismo keynesiano, el marxismo, tanto en su versión socialista como en la comunista, y el anarquismo de izquierda comparten un punto fundamental: el «odio señorial» al trabajo y la economía y la «fe perfectista» en que esa visión de la economía está próxima a terminar.

LA REVISIÓN DE RICOSSA

Como explica el profesor Mingardi (2016)³, la historia de las ideas económicas ocupa un lugar muy importante en la literatura de

³ Mingardi, Alberto, (2016): «Entusiasta per il capitalismo. Riflessioni su Sergio Ricossa storico dell'economia e delle idee», *Nova Storia Contemporanea*, Anno XX,

Ricossa. Y, en este libro, también. Cada capítulo es analizado transversalmente a lo largo de la historia de las ideas, de manera que el lector contempla desde la perspectiva de Smith, de Ricardo, de Marx, de Keynes, de Pareto, y de muchos otros autores, los diferentes fenómenos y aspectos a analizar. Pero también incluye referencias filosóficas, epistemológicas, incluso teológicas, cuya justificación radica en la mirada global, ontológica, al individuo y que ayudan a elaborar una visión completa de la profundidad del texto de Ricossa. Selecciona aquellos conceptos que están en la diana del perfectismo, y confronta ambas visiones: la perfectista con Marx, Keynes y, a veces, Mill de abanderados, por un lado; y, por el otro lado, la visión imperfectista liderada por Smith, Hayek, Mises o Nozick.

En este sentido, Ricossa presenta cuestiones como el estado estacionario, tan temido por los economistas clásicos, desde los dos puntos de vista. Es, para el perfectista, una situación deseable, por cuanto que implica una economía moribunda: al fin y al cabo es la representación del final de ese mundo incompleto en el que hay que esforzarse permanentemente porque no se alcanza nunca el ideal marcado. Son los clásicos como Malthus, primero, y John Stuart Mill, después, quienes siembran dudas acerca de la posibilidad de que exista crecimiento económico a largo plazo, sin verse amenazado por el freno demográfico. Mill, además, propone determinados efectos beneficiosos del estado estacionario que es esencialmente opuesto al progreso, porque supuestamente ese período de «estabilidad» permitiría al gobierno realizar reformas que contribuyeran a mejorar la justicia social. Y aquí, como en otros capítulos, aparece recurrentemente esta dualidad ficticia entre progreso y justicia social. Una dualidad entre otras que a los filósofos perfectistas les encanta plantear, como libertad y seguridad, que veremos más adelante, o creación de capital frente a desigualdad social.

Ricossa asocia la mirada positiva al estado estacionario a la filosofía marxista de manera brillante, mencionando la frase del propio Marx: «El mercado se amplía más lentamente que la producción».

Una idea que, de alguna manera, sería compartida más adelante por John Maynard Keynes, quien malinterpretó a Jean Baptiste Say. Mientras que el alemán Marx albergaba la esperanza de que el estado estacionario acabara con la economía burguesa, el británico Keynes proponía medidas para salvar la situación, y esa peculiaridad, advertirá Ricossa a lo largo de esta obra, hará de Keynes alguien mucho más peligroso que Marx. El liberalismo keynesiano, que no es otra cosa más que nuestra social democracia, vende mucho más que cualquier revolución.

De hecho, el keynesianismo no sobreviviría si no fuera por la mirada perfectista: necesita ese conflicto porque su misión rescatora es su identidad. Por el contrario, el marxismo pretende acabar con la necesidad de esforzarse, de trabajar, de ahorrar e invertir, todos ellos requisitos que permiten a las sociedades encaminarse hacia el progreso. En ambos casos, desde una posición «señorial» o aristocrática, asumiendo esa superioridad moral que impone una distancia entre los iluminados y el resto.

El segundo punto de vista, el imperfectista, por el contrario, estudia los factores que llevan a la economía a escapar de ese estado y a generar una mayor riqueza y prosperidad, sabiendo que existe el riesgo de equivocarse y de que sobrevenga una crisis, pero sin por ello renunciar al progreso.

También el modelo neoclásico es diseccionado y criticado especialmente porque se basa en presupuestos equivocados. Efectivamente, el equilibrio general con pleno empleo de la economía soñado por Walras y dotado de un barniz científico gracias a su expresión matemática no hace sino refrendar la visión idealista.

Pero la crítica ricossiana no se limita a las teorías de Marx o Keynes sino que se amplía cuando se plantea temas como la definición de coste. La generalizada percepción del coste como una compensación lleva a contemplar la economía y, en especial, el mercado, como un juego de suma cero en el que una ganancia se cancela con una pérdida; abre la puerta a considerar necesarias determinadas intervenciones compensatorias que anulan la competencia y el afán de lucro y hacen del capitalista un personaje redundante. La misma doble teoría del valor que distingue entre valor de uso y valor de cambio pierde su sentido en el momento en

que se rechaza la productividad como un factor que aporta valor económico a la producción.

La contraparte imperfectista presenta la introducción del tiempo en el análisis de la producción, y pone de manifiesto la importancia del capital y de la inversión. En sus propias palabras: «Si no hubiese tiempo, no habría en el fondo ninguna producción neta de valor económico». Ricossa defiende de lleno los presupuestos de la Escuela Austriaca, que es la que mejor interpreta los fenómenos de la producción y el mercado.

Mucho más evidente es esta cercanía cuando aborda el tema del riesgo. «El emprendedor en el perfectismo no es el innovador aventurero que atrae con altos beneficios (aunque inciertos)». La eterna discusión acerca de la justificación del beneficio del empresario explica que, para quienes creen que es una suerte de salario del gestor, lo natural es que la autoridad lo regule para mantenerlo en niveles «adecuados» y, sobre todo, justos, considerando «lo justo» aquello que la élite designe como tal. Por otro lado, el riesgo asociado a la disrupción y la creatividad se deja de lado para proteger la «seguridad». Tanto, apunta Ricossa, que tras la Segunda Guerra Mundial se diseña una «seguridad social» gestionada por la élite gobernante, creando en la mente de la gente la sensación de que todo está a salvo y no hay nada que temer. El típico invento perfectista que presenta un paraíso en la Tierra, en el que todo el mundo tiene asegurado para siempre unas necesidades que van aumentando con los tiempos, en función de lo dependiente que quiera hacernos el Estado.

Frente a ello, la propuesta de Ricossa nos remite a Hayek y el elogio al riesgo que nos dejó en sus escritos. Para Hayek, el riesgo para todos los participantes en el mercado es lo que lleva a que cada cual saque lo mejor de sí mismo y se obtenga el mayor valor económico posible. Este valor económico se distribuye mediante el mercado de manera incierta también. Si el reparto tuviera lugar de otro modo, es decir, mediante un planificador, se eliminarían los incentivos a la alocación óptima de los recursos, estímulos que proceden de la obtención de las ganancias, sean accidentales o meritorias.

Especial belleza tienen las páginas que dedica a exponer las limitaciones de la explicación de la mano invisible por Smith y por

algunos liberales. Señala a Menger y la Escuela Austriaca como los responsables de que el concepto de orden espontaneo se desarrollara plenamente. Para explicarlo se refiere a la Naturaleza, bella y funcional, y las estructuras dinámicas de la física «en las que la ciega energía bastaba para asociar elementos que son ignorantes de su participación en una totalidad organizada». Esta cooperación ciega pero real, sea de elementos de la física, sea de los agentes económicos en el mercado, anticipa el enfoque que hoy se conoce como teoría de sistemas complejos. Se trata de uno de los diferentes puntos de luz vanguardistas que Ricossa nos regala en esta obra. Menger tuvo el mérito de indagar los fenómenos sociales, como el mercado, el dinero, el lenguaje, etc., aportando un barniz evolucionista muy oportuno, central, que hace que esta Escuela sea única y original.

LA REALIDAD IMPERFECTISTA

A pesar de ser un tratado de economía, *El fin de la economía* no se entiende si no se parte del objetivo primigenio, de la raíz: la lucha entre el bien y el mal. Mientras que unas filosofías miran al ser humano como aquellos que «sufren por ser hombres queriendo en el fondo ser Dios», a la Bakunin, otras filosofías parten de la imperfección del mundo y del ser humano como dato del problema. Un dato que, probablemente, es difícil de justificar filosóficamente, dado que hemos sido creados por un Creador omnisciente y todopoderoso, hecho que no resulta especialmente relevante para Ricossa: su objetivo no es demostrar las razones que explican que el mundo es imperfecto, sino analizar las relaciones económicas que se derivan de esa imperfección.

El primer escalón es la incertidumbre que conlleva la posibilidad de equivocarse. Y es por ello que la búsqueda del propio interés aparece como la mejor manera de proceder. Ricossa cita al *Cándido* de Molière quien aconseja cuidar primero el propio jardín, un buen consejo, muy en la línea de esa premisa según la cual, si quieres cambiar el mundo has de comenzar por cambiarte a ti mismo.

El segundo peldaño es la variabilidad que esa incertidumbre implica. Una diversidad que está en la misma naturaleza y que favorece una mejor adaptación al entorno cambiante, es decir, la supervivencia darwiniana. En este punto, es fácil darse cuenta de que la otra opción, la perfectista, que propone una vía de salvación segura, resulta más atractiva al hombre de la calle que un abanico de posibilidades entre las que está la correcta. Una idea implícita al planteamiento de Ricossa es que, en la búsqueda de la mejor opción necesitamos a los demás. El punto de vista individual es la base, sin embargo, como dice Ricossa citando a Ortega y Gasset, «Toda vida es un punto de vista sobre el universo», pero sólo uno, es preciso que interactuemos para encaminarnos, siempre sin garantías, hacia la mejor opción, la que más se amolda al entorno en permanente cambio dinámico.

Por eso es tan importante asegurar la libertad, también para equivocarse y aprender de los errores. Es en la parte final, añadida a la segunda edición, en la que Ricossa recuerda que Keynes se inspiró en el pasaje de San Mateo en el que se recuerda que gracias a la Providencia divina los lirios del campo y las aves del cielo encuentran su alimento. En ese mundo, obviamente, no es necesario arriesgarse ni mejorar porque Dios proveerá. Queda claro el trasfondo bakuniano mencionado anteriormente: Keynes es uno de esos hombres que sufre porque no es Dios.

Los liberales imperfectistas no tienen una llave maestra para solucionar nada. Son conscientes de que no hay recetas mágicas. Sin embargo, ello no les impide mantener la ilusión y la esperanza de que el ser humano siempre va a ser el mejor juez de sí mismo; de que la visión del mundo imperfectista se difundirá y que se irá extendiendo la idea de que es más digno elegir por uno mismo y equivocarse, porque entraña aprendizaje y rectificación, que delegar la toma de decisiones cegados por la creencia en que alguien sabe mejor que yo lo que necesito y cómo lo necesito, y ese alguien es parte de la estructura del Estado.

Desde esta perspectiva, la confrontación entre una cultura señorial que repudia la innovación, que desprecia el trabajo y que se aferra a su statu quo y sus privilegios y la cultura burguesa, en permanente descubrimiento, basada en el esfuerzo y el ingenio, que desafa lo que hay en busca de su propio interés, empujando,

al mismo tiempo, la sociedad hacia un futuro más adaptativo, se dibuja ante nuestros ojos con claridad y el lector es capaz de reconocer la trinchera —perfectista o imperfectista— de los economistas del pasado, pero también, de los actuales académicos y gestores de la política económica. Ricossa nos ha conducido desde el bien y el mal como la lucha que da sentido a la vida, hasta las prouestas de los economistas liberales más relevantes, prestando especial atención a la Escuela Austriaca. No es parte del objeto de este artículo analizar la evolución de Ricossa desde una defensa prudente de Keynes hasta su defensa del anarco capitalismo, pero si hay que subrayar la permanente decepción que la observación de la realidad le causó y que le fue guiando en esa dirección. No entendiendo el anarco capitalismo como la utopía mejor, sino como la mejor opción, la más adaptativa, si mantenemos la esperanza en la toma de decisiones humanas.

Este libro de Sergio Ricossa podría conformar un curso completo de historia del pensamiento económico y aporta una riqueza de ideas, autores, referencias, que hace de su lectura una experiencia altamente formativa. Pero, además, nos regala una herramienta para distinguir las dos cosmovisiones que, aún hoy, dividen nuestra sociedad. Habrá que esperar a la edición revisada, en la que se corrigen algunos errores importantes para darle la difusión que merece.